

Hoy escribe **JAIMÉ GUZMAN**

## Misterio de "los padres" Dubois

**L**A entrevista al padre Pierre Dubois, publicada en "El Mercurio" del domingo pasado, ofrece una variada gama de materias que me interesaría comentar.

Sin embargo, los límites del espacio aquí disponible me llevan a circunscribirme sólo a una. Me refiero a la extraña incongruencia que el sacerdote entrevistado —al igual que muchos otros eclesiásticos— refleja en su aproximación al tema de la pobreza y de la riqueza.

Si uno busca entender lealmente sus ratiocinios, al parecer habría que concluir que la opción preferencial por los pobres que ha asumido la Iglesia Católica, tendría por fundamento —entre otros— el de que hay personas cuya realidad socioeconómica y sociocultural no les permite acceder a lo que cabe estimar contemporáneamente como un mínimo acorde con la dignidad humana.

Ahora bien, si seguimos la lógica de dicho anhelo, todo indica que la opción preferencial por los pobres persigue —en el ámbito económico, social y cultural— que esos pobres dejen de serlo, alcanzando grados más satisfactorios de educación y bienestar.

Idealmente, habría que propender a que los pobres se transformen en ri-



cos, admitiendo la relatividad de tales categorías, pero asumiéndolas como referentes inevitables para este efecto.

**N**O obstante, he ahí donde surge la contradicción que advierto en planteamientos eclesiásticos como el que comento.

Penetrada la opción preferencial por los pobres de una fuerte semejanza con las tesis marxistas sobre la lucha de clases, esos enfoques conde-

nan la riqueza como algo casi intrínsecamente negativo y opuesto a los valores del evangelio cristiano.

No se trata sólo de prevenir a los ricos sobre los riesgos que su situación comporta en cuanto a apegarse indebidamente a sus riquezas, poniendo su corazón en ellas y no en Dios. No estamos sólo ante una advertencia a los ricos de que ellos tienen más peligro que los pobres de dejarse seducir por el embrujo del dinero y las desviaciones del materialismo, lo cual no sólo me parece innegable, sino que además forma parte esencial y reiterada de las enseñanzas de Cristo.

Lo que percibo en los criterios eclesiásticos a que aludo va mucho más lejos. Ellos rechazan la riqueza en sí misma, como algo casi esencialmente negativo o antievangélico. El padre Dubois insinúa que sólo puede ser buen cristiano el rico que se disponga

a "dejar de serlo", desprendiéndose materialmente de sus bienes.

**L**AS interrogantes que de ahí brotan son ineludibles.

Si todos los ricos debiesen repartir sus bienes, destruyendo los capitales que tienen, ¿cómo se lograría crear la riqueza y los empleos que permitan a los más pobres dignificarse con el trabajo y vencer su actual pobreza?

Siendo el capital un elemento indispensable para ello, ¿propician entonces esos eclesiásticos que, desaparecidos los capitalistas privados que ellos repudian, la tarea básica de producir se colectivice a través de la propiedad estatal de los medios de producción, o bien de utopías como un esquema generalizado de empresas autogestionadas impuesto por la ley?

¿O es que aspiran a que los ricos dejen de ser ricos, pero que los pobres sigan siendo pobres, porque supuestamente sólo la pobreza de todos posibilitaría una vida cristiana y una convivencia fraterna?

¿Deberíamos desprender, en tal caso, que lo que persiguen es que no haya ricos, en vez de que no haya pobres? ¿O que, en otras palabras, su meta es la igualdad —aun en la pobreza— y no el mayor bienestar de todos, aun a costa de ciertos grados de inevitables desigualdades?

◆ **Si todos los ricos debiesen repartir sus bienes, destruyendo sus capitales, ¿como se crearían los empleos que dignifiquen a los pobres y la riqueza necesaria para vencer la pobreza?**

la Seg. 27-IX-85